

diente de ser restablecidos en él. Le pedían con instancia, y postrados á los piés de los sacerdotes, los conjuraban por las entrañas de la misericordia de Jesucristo, que les abreviasen los dias infelices en que vivían separados de su Salvador. Para esto se valían de la intercesion de los mártires, y en esto mostraban su respeto, y que su respeto era verdadero. Pero ¿qué es lo que hace el mundano? Contentándose con serles semejante en esta triste separacion, pone poco cuidado en imitarlos en lo restante; y confundiendo con la comunión el deseo de comulgar, renuncia lo uno y lo otro, y no le queda para con el sacramento de Jesucristo sino una indiferencia que debiera infundirle horror. Acabo, y me falta que mostrar, que es un escándalo en el pecador hipócrita este imaginado respeto.

3. Los pecadores hipócritas no ignoran, que la comunión se ha mirado siempre como carácter especial de la cristiandad; y que el abandonarla á cara descubierta, fuera una especie de apostasia en que con dificultad pudieran mantenerse; y por no llegar á ese extremo, y sacudir por otra parte el yugo que los incomoda, se hacen un velo de religion de su misma irreligion, y sacan la cara por esta máxima, que tira á desviarnos de Jesucristo por un sentimiento de temor y de respeto, para que así no se pueda hacer diferencia de ellos y de los cristianos más ajustados, pues hablan como ellos, y parecen tan celosos como ellos. Pues mi intento es, que este lenguaje, en boca de un licencioso, no sirve sino de escandalizar á los flacos; porque viene á parar en dos cosas igualmente perniciosas, conviene á saber, en apartar las almas de la comunión y de cuanto hay santo en la religion. ¿Quién podrá decir á cuantos justos ha apartado el demonio con este solo artificio de los altares? ¿A cuántas esposas de Jesucristo ha inquietado en sus comunicaciones santas con el celestial Esposo? ¿A cuántas comuniones, de que se hubieran regocijado los ángeles en el cielo, ha puesto un género de entredicho en la tierra?

Pero del retiro de la comunión pasa el escándalo hasta abandonar y dejar todos los ejercicios más santos que se practican en la cristiandad. Porque supuesto ese principio de una humildad falsa y mal entendida, ¿qué consecuencias no se pueden sacar de él? ¿Y á qué ejercicio de virtud no tiene una alma fiel tentacion de renunciar? ¿No sois digno de llegaros á la mesa de Jesucristo, y sois digno de entrar en el templo de Dios? ¿Y sois digno de hacer oracion y de invocar á Dios? ¿Y sois digno de oír la palabra de Dios? ¿Y sois digno de ser admitido á penitencia y al tribunal de la misericordia de Dios? ¿Y sois digno de cantar con la Iglesia las alabanzas de Dios? ¿Y sois digno de asistir al sacrificio que se ofrece á Dios? Luego por

la misma razon se habrá de abandonar todo esto; y la vista de vuestra indignidad, si puedo explicarme así, seria para vosotros una especie de excomunión, durante la cual, en nada de lo que se llama culto y obligacion cristiana tendreis parte.

Hermanos míos, jamás habrá en la Iglesia santidad, jamás estará la cristiandad bien reformada, sino por el buen uso de la comunión. Discurrámos cuanto quisiéremos, siempre será necesario volver á parar en estas adorables palabras del Salvador: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendreis vida en vosotros: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, non habebitis vitam in vobis*: JOAN. VI, 54; al contrario, cuantos comieren este pan vivirán eternamente: *Qui manducat hunc panem vivet in aeternum*. JOAN. VI, 59. Vivirán en este mundo por la gracia, y en el otro por la gloria, que á todos os deseo.

COMUNION INDIGNA.

IV.

Quicumque manducaverit panem hunc, et biberit calicem Domini indigne: reus erit corporis, et sanguinis Domini.

Cualquiera que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, reo será del cuerpo y de la sangre del Señor.

(1 Corint. XI, 27.)

La idea más terrible que nos presenta el Apóstol de los que comulgan indignamente, es que se hacen culpables del cuerpo y sangre del Señor. Como el sacrificio de la cruz se renueva todos los dias por parte de Jesucristo en nuestros altares, tambien se renueva por parte de los pecadores que le reciben indignamente; y así es indubitable, que crucifican de nuevo al Señor, y con unas circunstancias

mucho más odiosas que cuando fué crucificado en el Calvario. Él desea morar dentro de nosotros mismos; más con la condicion, que así como él es santo por naturaleza, nosotros nos hagamos santos por la participacion de su gracia y el buen uso de los sacramentos que ha instituido para nuestra santificacion. Si en lugar de recibirle santamente, lo hacemos con una conciencia criminal, renovamos la escena del Calvario, y nos hacemos culpables de su cuerpo y sangre. Queriendo hablaros hoy de las comuniones indignas, voy á exponeros la enormidad de los que comulgan indignamente, comparando su delito con el de los judíos que crucificaron á Jesucristo. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si los judíos, como dice el Apóstol, hubieran conocido al Señor de la gloria, no le hubieran crucificado; sus ultrajes se dirigian al hijo de María y de José; á un hombre á quien tenían por impostor y enemigo de Moisés y de la ley: es verdad que no tenia excusa su engaño, porque los prodigios, la doctrina, la santidad de Jesucristo y el cumplimiento de las profecías en su persona, debieran haberles abierto los ojos y hacerles conocer la salud que se les enviaba; pero, finalmente, le desconocieron; y cuando le castigaron con un infame suplicio, creían que glorificaban á Dios, y que vengaban los intereses de su ley y de su culto. Pero vosotros, los que llegais á recibirle indignamente, le conoceis; los sagrados velos con que está cubierto no le ocultan á la vista de vuestra fe; sabeis que es el Señor de la gloria, Hijo del Altísimo, esplendor del Padre, Rey inmortal de los siglos, Salvador de los hombres, cabeza y esposo de la Iglesia; en él reconoceis todas estas augustas cualidades; y con este conocimiento llegais á ultrajarle, le obligais á que espire en vuestro cuerpo como en una cruz, mucho más infame y dolorosa para él, sin comparacion, que la primera.

Además; cuando los judíos clavaron en la cruz á Jesucristo, aún tenia una carne que estaba sujeta á nuestras enfermedades; podia padecer y morir; aún estaba revestido de la semejanza del pecado; la muerte era para el Señor como un destino natural, por la libre eleccion que habia hecho de vestirse de una naturaleza condenada á esta triste ley; pero hoy, amados oyentes míos, le sacais del seno de la gloria, le haceis bajar desde la diestra de su Padre para exponerle á nuevos ultrajes. El mismo Señor nos dejó dicho, que no moriría más que una vez, y que su resurreccion pondria fin á la penosa carrera de sus trabajos; y vosotros le obligais á que los padezca de nuevo; le despojais de aquel vestido de gloria y de inmortalidad de

que le revistió su Padre al salir del sepulero, para ponerle otra vez un vestido de púrpura y de ignominia: clavais en la cruz una carne gloriosa, que no habia de morir eternamente. ¡Ah Señor! Al tiempo de espirar sobre la cruz dijisteis, que ya habiais acabado con todos os parecia que habiais llegado al feliz término de vuestras penas y trabajos, y que ya estaba consumado todo cuanto habia podido inventar contra vos la malicia de vuestros enemigos; pero, Señor, todavía os esperaban nuevos ultrajes en vuestra misma gloria: en vuestros altares os estaba preparado un Calvario más ignominioso.

Los verdugos, cuando crucificaban á Jesucristo, cumplian con las órdenes de su Padre; ejecutaban, sin saberlo, el decreto de muerte que habia pronunciado contra su Hijo en la persona del primer pecador. Y aun servian á aquel fin que, desde el primer instante, habia tenido el mismo Jesucristo de ofrecerse á su Padre en sacrificio: aquellos asesinos no hacian más, al parecer, que cooperar con la justicia de Dios que le heria, y con su propio amor que le ofrecia en sacrificio; aquel era el tiempo en que todas las manos, por decirlo así, debian volverse contra él; pero ahora, amados oyentes, le afrentais, al mismo tiempo que el Padre le glorifica; no le entrega á vuestra discrecion, como le entregó entónces: le arrancais de su paternal seno, como á pesar suyo, para quitarle otra vez la vida; nadie coopera con vosotros á obrar este misterio de muerte; el mismo Hijo de Dios no se entrega voluntariamente como entónces; vosotros solos sois los únicos que teneis parte en este funesto sacrificio, los únicos que le quereis, y los únicos que le ejecutais. El cielo y la tierra se horrorizan, y el enorme delito de su sangre derramada cae solamente sobre vosotros.

La culpa de los que le crucificaron fué útil á todos los hombres. Derramaron una sangre, que lavó nuestras manchas; sacrificaron un Cordero, cuyo sacrificio nos reconcilió con Dios; dieron muerte á un justo, cuyo sepulero fué glorioso y en el que quedó vencida la misma muerte. Pero cuando vosotros os llegais al altar á crucificarle, y os haceis en él culpables de su cuerpo y de su sangre recibiendo indignamente, ¿qué utilidad puede sacar la tierra de vuestro sacrilegio? ¿Qué gloria puede resultar al Señor del ultraje que le haceis? ¿Quereis saberlo? Los males públicos, las nuevas calamidades y las desgracias de la Iglesia. ¡Ah! si el Apóstol se quejaba en otro tiempo de que las enfermedades populares, las muertes y los accidentes funestos eran efectos de las comuniones indignas: *Ideo inter vos dormiunt multi*. I Cor. XI, 13; y si se quejaba en un siglo en que cada uno derramaba su propia sangre por Jesucristo, en vez de profanar la

del Señor; en que la Eucaristía hacia mártires y no sacrílegos; si se quejaba á la Iglesia de Corinto, que casi toda se componia de profetas, apóstoles, mártires, doctores y fieles, que habian recibido el don de lenguas, el de milagros y la efusion visible del Espíritu Santo; ¡gran Dios! ¡qué castigos no deben atraer sobre nosotros tantas almas, ó temerarias, ó hipócritas, que en un siglo tan corrompido llegan á presentarse á nuestros altares! No hay que dudar, hermanos míos; si el Señor continúa castigándonos por tanto tiempo, si derrama sobre nuestras ciudades y provincias el cáliz de su furor, ¿de dónde hemos de creer que vienen estos castigos tan dilatados y crueles sino del mismo santuario? ¡Oh Dios mío! Vos estais armado siempre para vengar las comuniones indignas y la profanacion de vuestros santos misterios. Esta es la raiz de las desgracias públicas.

Los motivos de los que le crucificaron, podian, en algun modo, disculpar lo enorme de su delito. Primeramente, los sacerdotes y fariseos intentaban dar muerte á un hombre que los habia desacreditado, que habia hecho patente al pueblo el engaño de sus procederés, que los habia llamado sepulcros blanqueados, y se interesaban en que su mismo acusador fuese condenado como reo, porque su suplicio debia servir de apología á su virtud. Pero vosotros, los que comulgais indignamente, le entregais al mismo tiempo que él os está perdonando ó disimulando vuestras faltas. En segundo lugar, no se dice que los que tuvieron parte en su muerte, fuesen del número de aquellos ciegos á quienes habia dado vista, ó de aquellos cojos y leprosos á quienes habia curado, ó de los muertos á quienes habia resucitado; éstos, si no le defendieron contra la violencia y autoridad de sus enemigos, á lo ménos no se hallaron presentes entre sus verdugos; y ya que el agradecimiento no los hizo gloriosos confesores de su nombre, á lo ménos no los confundió la ingratitud con los que le pusieron en la cruz.

Pues ved ahora la enormidad del delito del pecador que comulga indignamente: es un ciego á quien ha dado vista Jesucristo, un leproso á quien ha curado muchas veces, un muerto á quien ha resucitado su bondad; aún tiene sobre sí las preciosas señales de sus favores, está sellado con el indeleble carácter de sus dones: solo este reconocimiento debiera bastar para que viviese obligado á su libertador, y no presentarse en el altar, sino para rendirle los respetos de su amor y de su agradecimiento.

El delito de los judíos no tuvo más resultas que la pérdida de la vida natural del Salvador, y la confusion de ver descender hasta el

horror del sepulcro á aquel á quien los cielos y la tierra no podian contener. Pero aquí, no solamente le privais de la vida natural, en cuanto está de vuestra parte, sino tambien del fruto de su muerte, esto es, de la vida de la gracia que queria introducir en vuestras almas. Quitais la vida á todos sus dones, á su caridad, á su fe y á su esperanza; virtudes que no nacen en vosotros; y le dais una muerte universal; no haceis ya que descienda á un sepulcro de piedra, en el que hasta entónces nadie habia estado, sino á vuestro corazon, á un sepulcro lleno de huesos y podredumbre; á vuestro corazon, donde halla á los espíritus impuros que son dueños de él; no baja como bajó en otro tiempo á los infiernos, acompañado de las señales gloriosas de su victoria, para dar libertad á los cautivos y romper las cadenas de los que estaban esperando su venida; sino que baja á vuestro corazon con un aparato triste y lúgubre, para quedar él mismo cautivo en él, para verse en él hecho la befa de sus enemigos, para sufrir sus burlas é improperios, para verlos sentados sobre el trono de vuestras almas; miéntras él mismo, que las rescató á tan gran precio, que las sacó de la nada, que tantos derechos tiene sobre ellas, y que debiera estar allí como su soberano dueño, se ve tratado como un vil esclavo, sin hallar donde reclinar su cabeza.

Por último; en el Calvario estuvo acompañada su muerte de mil gloriosas circunstancias; y en un misterio de tanto abatimiento, no dejaron de manifestarse su poder y divinidad: toda la naturaleza le reconoció por su autor; el Centurion confesó que era Hijo de Dios, los muertos resucitaron, él mismo resucitó al tercer dia, y reparó con la gloria de este misterio toda la ignominia que pudo tener su muerte á la vista de los hombres; pero la muerte, que padece en el altar á manos del pecador sacrílego, es un misterio de ignominia para el Señor; en él nada hay que repare el agravio que padece su grandeza y majestad; nada hay que le consuele en sus ultrajes; nada que suavice la hiel y el ajeno de su cáliz; la naturaleza le deja padecer sin hacer demostracion alguna; los asistentes le ven morir en vuestras manos sin compadecerse, por decirlo así; los muertos, que descansan debajo del altar, y que están depositados dentro de este santo edificio, no interrumpen su sueño; las piedras del templo no se rompen, ni exclaman á su modo; el velo que cubre los misterios santos queda inmóvil; todo se mantiene en un profundo silencio, todo mira con indiferencia la nueva crucifixion del Señor. Finalmente, Jesucristo no baja al cuerpo del pecador para resucitar en él, sino para morir en él para siempre; para ver en él la corrupcion, y para sellar en él con el sello eterno la muerte y reprobacion de aquella alma.

2. Por eso, hermanos míos, el único profanador de la Eucaristía de quien se hace mención en el Evangelio, muere como un miserable y como un desesperado; se reconoce, y no se arrepiente; llora, pero no expia su culpa; exclama: ¡pequé; pero no se le perdona su pecado, muere en la desesperación y reprobado. Los verdugos se convirtieron: entre los que crucificaron á Jesucristo, hubo algunos á quienes la misma sangre que acababan de derramar, mereció la gracia de la penitencia; pero Judas, que le crucificó en la cena, fué reprobado como anatema; ni su apostolado, ni los prodigios que había hecho, ni el tiempo que había pasado en compañía del Salvador, nada bastó para mudar la sentencia de su reprobación, y no se le concedió tiempo para arrepentirse.

¡Sí; Jesucristo Señor nuestro no se ha manifestado tan celoso de la honra de su cuerpo natural como de la de su cuerpo eucarístico: perdonó los atentados cometidos contra el primero; pero no ha hecho la misma gracia á los segundos: se contentaba con tener para sí una habitación pobre y humilde; muchas veces no tenía donde reclinarse su cabeza; al tiempo de nacer se contentó con habitar entre viles animales; pero cuando quiere celebrar su cena, avisa que se le disponga un lugar decente, espacioso y adornado: *Cenaculum grande stratum*. MARC. XV. Previene y quiere, que todo se halle dispuesto, y que corresponda á la magnificencia y santidad de este sacramento. Juzgad, pues, cuál será el delito de las comuniones indignas; en ellas renueva el pecador el espectáculo de la cruz, con unas circunstancias infinitamente más ignominiosas para Jesucristo que las del Calvario. ¡Ah! si el arca no pudo estar antiguamente al lado de Dagon sin echarle por tierra y hacerle pedazos, la verdadera arca de la alianza, Jesucristo Señor nuestro, ¿podrá permanecer dentro de un ídolo abominable y de una alma corrompida, sin confundirla y reducir á cenizas el infame cuerpo que le encierra? Si antiguamente salió de lo íntimo del santuario un fuego vengador, para abrasar á los temerarios que iban á ofrecer incienso con un fuego extraño, ¿no debieran salir del altar en que reside el Rey de la gloria unas vengadoras llamas, que consumiesen á los pecadores que llegan á ultrajar la majestad de su Dios? Si, en otro tiempo, nadie podía acercarse al monte donde el Señor daba su ley sin ser atravesado con rayos; Jesucristo, desde su altar, desde aquella misteriosa montaña en donde es legislador de su Iglesia, debiera, sin duda, arrojar rayos para vengar su gloria y castigar la insolencia del profanador, que llega á ultrajarle en el lugar de su descanso. Pero ejecuta unos castigos más secretos y terribles de los que aquéllos no fueron más que unas dé-

biles figuras. No enciende su justicia el fuego vengador en el santuario, sino en el lugar de los suplicios, donde nunca se ha de apagar; no castiga al pecador con una muerte visible, sino con un invisible anatema; no castiga despedazando las entrañas del alma sacrilega, sino cerrando sus propias entrañas para no compadecerse de ninguna de sus necesidades, abandonándola y entregándola á toda la corrupción de su propio corazón.

Sin duda, amados oyentes, que no os asustan estas desgracias, porque os persuadís que no se dirigen á vosotros; os persuadís á que no sois del número de aquellos desdichados que, cuando comulgan, comen y beben su condenación. Pero para que no os engaños en una materia tan importante, examinad bien si antes de la comunión purificáis vuestras conciencias en el baño de la penitencia, y si os presentáis al altar con los requisitos necesarios para comulgar santa y útilmente. Probaos antes de la comunión; llegad al santo altar con aquellos movimientos de compunción y amor que se merece el pan de la vida; haceos dignos de ser templos y morada de Jesucristo, para que podáis ser participantes de su felicidad en el cielo.

COMUNION.

(EXHORTACION PARA LA PRIMERA)

V.

ANTES DE LA COMUNION.

Sinite parvulos venire ad me.

Dejad que vengan á mi los niños.

(*Marc. x, 14.*)

Jesucristo gustaba de reunir en torno suyo á los niños, á quienes imponía las manos, bendiciéndoles y abrazándoles afectuosamente. Un día, sus discípulos, importunados por la multitud de los niños que acudían presurosos á recibir las bendiciones de su buen Maestro, quisieron alejarlos. No, no, les dijo el Salvador; dejad que vengan á mí esos niños, porque de los que se asemejan á ellos es el reino de Dios: *Sinite.*

Tal era el amor que Jesucristo profesaba á los niños cuando moraba en la tierra; amor que no ha cesado ni disminuido en lo más mínimo desde que volvió á ascender al seno de su gloria inmortal. En efecto, el Señor bendiceles todavía desde el seno de su madre; bendiceles luego despues de su nacimiento, y les impone las manos en el acto del bautismo por medio de sus ministros, que son los depositarios de su poder y de su bondad. Apresúrase á sacarles de la esclavitud del demonio, en que nacen, para confiarlos á la maternal solicitud de su Iglesia y adoptarles por hijos suyos. Más hace aún, porque su amor es inagotable. Desde su tabernáculo, donde este mismo amor le ha fijado, dicenos á nosotros, sus ministros, como dijo en otro tiempo á los apóstoles: Dejad que vengan á mí esos niños; ponedlos al rededor de la mesa, pues quiero celebrar con ellos la

COMUNION.

375

Pascua; y para probarles cuanto les amo, quiero darme yo mismo á ellos. El deseo que tienen de unirse á mí, su sencillez, su candor, su inocencia, les dan libre acceso á mi persona; ellos forman la parte más querida de mi rebaño, y son el principal objeto de mi afecto: *Sinite.*

Tal es, hijos míos, el tierno banquete de que tiempo hace os hablabamos: tal es el mandato que hemos recibido acerca de vosotros, y que hoy vamos á cumplir con el mayor gozo de nuestro corazón. Asociados al ministerio y al amor de Jesucristo, nada hemos olvidado para haceros dignos del grande é inestimable favor que quiere dispensaros en este dichoso día. Ha llegado ya la hora: abrid vuestros corazones, y escuchad con más atención que nunca lo que voy á deciros; y para que saqueis de esta plática el fruto que deseó, pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Hoy día, queridos hijos míos, Jesucristo va á renovar para con vosotros el pasmoso milagro que obró para con sus apóstoles en la última cena, la víspera de su pasión. Despues de haber comido con ellos el cordero pascual, se levantó de la mesa, ciñóse una toalla, tomó una palangana y les lavó los piés para acabar de purificarles; y luego, dadas gracias á su Padre, consagró con su bendición el pan y el vino, é instituyó el admirable sacramento de la Eucaristía, que les dejó como eterno monumento y como la más inestimable prenda de su amor; en cuyo acto pronunció aquellas palabras todopoderosas, que se repetirán hasta la consumación de los siglos: «Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros; esta es mi sangre, que será derramada por la salvación del mundo: cuantas veces celebrareis este misterio, hacedlo en memoria de mí.»

Así pues, hijos míos, este templo en que estais reunidos, representa para vosotros el cenáculo en que los apóstoles recibieron por primera vez la santa comunión. ¡Ojalá que los sentimientos de fe, de admiración, de confianza, de reconocimiento y amor de que ellos estaban poseídos, penetren é inflamen vuestros corazones!

Primeramente, conviene que procureis ejercitar aquí vuestra fe. Mirad á través del velo del sacramento, y descubrireis y adorareis en él con los ángeles que están al rededor del altar, al Santo de los santos, al Hijo de Dios hecho hombre, que se oculta tras las sombras de estos símbolos para no atemorizaros con su inmensa majestad. Pero cuanto más se oculta bajo estos símbolos, mayor seguridad os dá de su presencia real en ellos. Sí, hijos míos; el Hijo de Dios, Jesucristo, despues de haber inmolado su cuerpo y su sangre sobre la cruz,

convirtiéolos por medio de este amoroso sacramento en alimento vivificador para vuestras almas. «Mi carne, dijo, es verdadera comida, »y mi sangre verdadera bebida: el que come mi carne y bebe mi »sangre, posee la vida eterna y yo le resucitaré el día tercero.» ¡Misterio profundo, hijos míos, que no debéis investigar! No escuchéis á los sentidos, porque os engañarian, pues no gustan más que pan; imponedles silencio, hacedles callar en presencia de Aquél que tiene toda omnipotencia para obrar los prodigios. Cuando él habla, todo se hace; cuando él manda, todo obedece. Creed lo que él os dice, no escuchéis más que á la fe. Sí; creed con firme fe, que la hostia consagrada, que vais á tener la felicidad de comulgar, contiene real y sustancialmente el cuerpo vivo de Jesucristo; aquel mismo cuerpo que se formó en el seno de la más pura de las vírgenes por obra del Espíritu Santo; aquel mismo cuerpo que fué inmolado en la cruz y encerrado por espacio de tres días en el sepulcro: aquel mismo cuerpo, en fin, que resucitó glorioso, y forma en el cielo la admiración y la felicidad de los ángeles. ¡Oh sagrado banquete! ¡oh festín delicioso, en que Jesucristo es dado á los hombres con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, para servirles de luz, de alimento y de vida, y en el que éstos reciben los más dulces consuelos, los más raros favores, la prenda de la vida eterna y la gloriosa inmortalidad!

¡Cómo, pues! amados hijos míos, ¿es posible que el Rey inmortal de los siglos, que llena los cielos de su gloria, se humille de este modo hasta nosotros? ¿Es posible, que unas viles criaturas, que unos gusanos de la tierra aspiren á recibirle dentro de sí mismos, y á hacerse participantes de su divinidad? ¡Ah! si el cielo y los cielos de los cielos no pueden contener su majestad y su gloria, ¡cuánto ménos ha de poder contenerlas la pobre morada de nuestra alma! ¿quién de vosotros, que conozca su bajeza y su miseria, se atrevería á acercarse á este Dios de infinita majestad, si no fuera llamado con instancia por su bondad y misericordia infinitas? Venid, os dice el Señor, venid, hijos míos, á celebrar conmigo esta primera Pascua, como lo deseó ardientemente hace tanto tiempo. Acudid, amigos míos, acudid sin tardanza á mi mesa, venid á comer el pan bajado del cielo, el pan de los escogidos; venid á nutrirlos con mi propia sustancia. Yo me deleito en habitar con los hijos de los hombres; héme hecho pequeño como ellos y semejante á ellos, para ser á un tiempo su modelo, su alimento y su vida. En vista de una invitación tan tierna y solícita, ¿podriais, hijos míos, dejar de experimentar en vuestro corazón los transportes de la más viva confianza? ¿Podriais dejar de exclamar con el profeta: «¡Dichoso, oh Dios mio, dichoso del pueblo

» de quien sois Señor y Dios! dichosos los que habitan en vuestra casa!
 » en la cual vale más pasar un día que mil en las asambleas de los
 » pecadores, esto es, en los placeres mundanos; por eso mi corazón,
 » inflamado de amor, suspira por vuestro divino sacramento, como
 » el ciervo sediento suspira por las aguas vivas de las fuentes?»

2. Llenos, pues, de estos buenos deseos, hijos míos, acercaos con confianza, y venid á buscar en este divino sacramento las luces que deben guiaros en medio de los errores é ilusiones del mundo; venid á buscar en este sacramento de fortaleza el apoyo de vuestra debilidad para resistir á las tentaciones y á los peligros que os rodean; venid á buscar, por último, en este sacramento de amor las santas llamas que deben abrasar vuestra alma. La divina Eucaristía es, al mismo tiempo, leche para los niños y alimento para los hombres robustos. Venid, por tanto, á recibirla con confianza; pero no omitais nada para prepararos á recibirla dignamente. Creo, hijos míos, que no hay entre vosotros ningún Judas; y que si no os acercáis todos á la santa mesa con la inocencia del bautismo, teneis, á lo ménos, la vida de gracia, recobrada felizmente en el sacramento de la penitencia. No dudo, que habeis confesado sinceramente todos vuestros pecados, que teneis una verdadera contrición de ellos, y habeis hecho el firme propósito de no volver á cometerlos. No dudo tampoco, que habeis hecho los mayores esfuerzos para que vuestro corazón sea digno del Dios santo, que en breve ha de ir á habitarlo.

Pero por buenas que sean vuestras disposiciones, por grande que sea el deseo que tengais de asistir á la santa mesa, antes de presentaros en ella, teneis todavía un importante deber que cumplir. Antes de empezar el santo sacrificio, el sacerdote inclinándose al pié del altar, hace pública confesión de sus culpas: esto es lo que vosotros debéis hacer también. Es menester ahora, que os humilleis profundamente en presencia de este Dios que deseais recibir, y á quien habeis tenido la desgracia de ofender; en presencia de vuestros buenos padres, á quienes con frecuencia habeis contristado; y en presencia de vuestros maestros y directores, á quienes habeis causado tantos pesares. Ya que vuestras faltas en su mayor parte han sido públicas ¿no es justo que sea también pública la reparación que hagais de ellas?

Por lo tanto, decid á Dios con todo el dolor de vuestro corazón: Dios mio, confieso en presencia de todos cuantos en este lugar están, que soy indigno de recibirlos en la morada de mi alma. ¡Ah! tan jóven como soy, héla ya manchado con mil ofensas, como el olvido, la ingratitud, la desobediencia, la pereza, la vanidad, la disimula-

cion, la mentira, la omision de las oraciones, de la santa Misa y demás deberes; pecados todos que ni tan solo debiera conocer, y que, sin embargo, he cometido desde que he tenido uso de razon, en vez de emplear, Dios mio, esta razon en obedeceros y agradaros! Lo confieso aquí en presencia de la Iglesia, del cielo y de la tierra. *Confiteor Deo*. Pero por culpable que sea á vuestros ojos, no dejais vos de ser mi padre. Vos me habeis enseñado á pedir os perdon: vedme aquí, postrado á vuestros piés. Apiadaos de mi miseria y de mi dolor; perdonadme las ofensas que os he hecho, y admitidme de nuevo en vuestra santa casa, para que pueda comer en ella á vuestra mesa el pan de los hijos.

Decid, hijos mios; ¿he expresado bien vuestros sentimientos, el dolor y el arrepentimiento de vuestros pecados? El enternecimiento y las lágrimas que observo en vuestro semblante me responden por vosotros, y me aseguran, que estais sinceramente arrepentidos. Padre justo, Padre santo, que siempre habeis escuchado los votos y las alabanzas que salen de la boca de los niños; ved aquí á vuestros piés, á estos pequeñuelos que os glorifican con la pública confesion de sus culpas, con la sinceridad de su arrepentimiento y la abundancia de sus lágrimas. Perdonadles, Dios mio, os lo suplicamos por las entrañas de vuestro amado hijo Jesucristo.

A más de vuestro Padre celestial, hijos mios, teneis tambien en la tierra vuestros padres y vuestras madres. ¿Qué de tiernos recuerdos, qué de beneficios traen á la memoria estos dulces nombres! En efecto; estos buenos padres, que tanto os aman, que se esmeran tanto en satisfacer vuestras necesidades y deseos, que trabajan sin descanso para procuraros una posicion social ventajosa y una vida feliz; esas madres tan tiernas, que tantas lágrimas han derramado por vuestros menores peligros y padecimientos, que tantas veces durante la noche han interrumpido el sueño para prodigaros los mas tiernos cuidados; esos buenos padres y esas buenas madres son los que vosotros habeis disgustado y afligido mil veces con vuestra indocilidad, con vuestras mentiras y con vuestra desobediencia. ¿Y os atreveriais sin pedirles antes perdon, á recibir á este mismo Dios, que con su ejemplo os ha enseñado á honrarlos, y que tarde ó temprano castiga severamente los ultrajes que los malos hijos hacen á sus padres y madres? Miradles aquí en vuestra presencia, con los ojos fijos en vosotros, conmovidos y temblando, al considerar el paso que vais á dar. Decid, ¿no os arrepentís de haberles ofendido tantas veces y de tantas maneras?... ¿No os proponéis, no prometeis sinceramente ser, de hoy en adelante, para con ellos respetuosos, obedientes y sumisos?

Si, padres y madres; estos pobres niños, postrados á vuestros piés os piden olvido y perdon. Perdonadles; os lo ruego encarecidamente: olvidad sus pasadas faltas, y concededles nuevamente todo vuestro amor.

Consolaos, hijos mios, que ya vuestros buenos padres y vuestras madres bondadosas, compadecidos de vuestro arrepentimiento y fiados en las promesas que acabais de hacerles, van á abriros los brazos.

Pero, hijos mios, aún teneis otros padres, los padres espirituales, que tanto han trabajado en haceros buenos y virtuosos; que os han enseñado el catecismo, las verdades de la religion, los misterios de la fe, el camino de la salvacion, y, por último, os han preparado para recibir dignamente por primera vez á Jesús sacramentado. Ellos saben que este es el acto más santo é importante de la vida, y que ha de tener para vosotros las más felices ó desgraciadas consecuencias en esta y en la otra vida, segun las buenas ó malas disposiciones con que lo verifiqueis. Lo saben, sí, hijos mios, y tiemblan al pensar, que la mayor parte de los que lo han verificado antes de vosotros, han olvidado la religion y han dejado de frecuentar los sacramentos. Sí, lo saben, y por esto tiemblan cuando consideran la flaqueza de vuestra edad, la fuerza de vuestras inclinaciones, y, sobre todo, cuando piensan en la multitud de lazos y peligros que encontrareis en este desdichado mundo. Tranquilizadles y desvaneced sus tristes presentimientos, haciendo el firme propósito de permanecer fieles á Dios durante toda vuestra vida.

Para fortaleceros en estos buenos sentimientos y alcanzaros la gracia de perseverar en ellos, como ministro de Jesucristo y maestro vuestro, encargado de vuestra salvacion eterna, voy á daros la bendicion.... Bendigaos, hijos mios, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Que os bendigan vuestros padres y vuestras madres, y todos cuantos se interesan por vosotros, y que esta bendicion quede en vosotros para siempre.

Ahora, que estais todos convertidos en hijos de bendicion, id, amados mios, id con amor y confianza á la mesa de vuestro Dios; pues nada se opone ya á la dicha que os prepara.

En cuanto á vosotros, hermanos mios, que vais á ser testigos de la primera comunión de estos dichosos niños, os ruego que no os limiteis á contemplarlos con curiosa indiferencia. Ellos van á practicar ahora, á vuestra vista, el acto mas santo y sublime de nuestra religion augusta. Debeis amarles sin duda alguna, pues la mayor parte de ellos os están unidos por los vínculos de la sangre, y todos por los de la sociedad y de la religion. Elevad, pues, fervorosa-